A pesar de todo, lo atravesé

De pie

Tomo II

R. Marin

Capítulo 1

París

El tren llegó de madrugada.

Tommaso no recuerda la hora exacta. Solo la luz. Una luz de principio de día, todavía pálida, que entraba por las ventanillas del vagón y que no tenía el mismo color que la que él conocía. La luz de la costa tiene un no sé qué de franco, de directo, cae sobre el mar y los acantilados sin pedir permiso. Aquella era más suave, más gris, filtrada por un cielo que él aún no comprendía.

Se bajó del tren con lo que llevaba encima. Casi nada.

La estación era inmensa. No sabía que las estaciones podían ser tan grandes. Había conocido las de la costa, edificios de tamaño humano donde se veía la salida desde el andén. Aquí no la veía. Veía a cientos de personas caminando en todas direcciones con esa seguridad particular de quienes saben adónde van. Él solo sabía que Thierry debía ir

a buscarlo, que estaba en algún lugar de aquella multitud, en aquella ciudad que no era la suya.

Thierry estaba allí.

Lo había encontrado. O más bien Thierry lo encontró a él, porque un muchacho plantado en medio de una estación parisina con cara de haber caído de la luna se distingue enseguida. Se saludaron. El recuerdo es borroso en ese punto, como suele ocurrir cuando pasan demasiadas cosas a la vez para registrarlas correctamente.

Lo que Tommaso recuerda es la ciudad detrás del cristal del coche.

París.

No era la belleza lo que lo impactaba. Todavía no. Era el tamaño. La desmesura de todo. Las avenidas anchas como ríos, los edificios que subían tan alto que había que echar la cabeza hacia atrás para ver dónde terminaban. La gente por todas partes, el ruido por todas partes. Él venía de una costa donde las casas se apretaban unas contra otras a lo largo de callejuelas estrechas, donde se reconocía a la gente por la calle, donde el mar siempre estaba ahí

para recordarte dónde estabas. Aquí no había mar. Solo aquella ciudad enorme que seguía en todas direcciones sin detenerse jamás.

Pero ¿dónde estoy? ¿Qué hago aquí?

Esa frase se la repetiría decenas de veces en los días siguientes. Caminando por calles que no conocía, intentando descifrar los sonidos de una lengua que se le escapaba, levantando la cabeza hacia un cielo que no tenía el color del que había dejado atrás.

* * *

Thierry y Nathalie vivían en un apartamento parisino. Paredes, una cocina, un baño, una puerta que cerraba. Para un chaval que la semana anterior había dormido en una playa, un palacio.

Fueron adorables. Hay que decirlo, y decirlo claramente, porque es verdad y porque lo que viene después podría hacer pensar lo contrario si no se tiene cuidado. Lo acogieron en su casa, en su vida de pareja, en su día a día, sin pedir nada a cambio. Nathalie preparaba las comidas, Thierry intentaba

ayudarlo a orientarse en una ciudad que no se parecía a nada de lo que él conocía. Le abrieron la puerta. Una puerta más que se abría, en esa vida donde tantas otras se cerraron.

* * *

El problema era Tommaso.

Tenía dieciocho años, salía de las instituciones, y nadie le había enseñado a vivir en casa ajena. Fumaba junto a la ventana del salón, la ceniza cayendo sobre el alféizar. Quemó la moqueta una noche con un cigarrillo mal apagado, una marca negra en la tela clara que nadie podía ignorar. Y probablemente hubo otras negligencias, esas pequeñas faltas que se acumulan en un espacio compartido y que acaban pesando más que la buena voluntad.

Un mes. Nathalie había aguantado un mes. Acogió a aquel desconocido en su salón, lo alimentó, soportó, acompañó, y al cabo de un mes simplemente le dijo a Thierry lo que él ya sabía: había que encontrar una solución.

No fue una expulsión. Solo una mujer que necesitaba recuperar su pareja, y un hermano que lo entendió.

Thierry había buscado una habitación, encontrado una habitación, pagado el primer mes y la fianza. El gesto discreto de quien ayuda sin hacer un drama y sin hacerte sentir que eres una carga, incluso cuando has quemado la moqueta.

Años después, Tommaso pensaría en ese gesto. Y se diría que en aquella vida donde mucha gente había cerrado puertas, Thierry había abierto una más.

* * *

Antes de pensar en trabajar, la ciudad se impuso.

París no se descubre. Se impone. Tommaso caminaba. Era más o menos lo único que sabía hacer en aquella ciudad donde no entendía nada y no conocía a nadie: caminar. Las piernas, al menos, funcionaban en todos los idiomas.

Y descubrió el metro.

No es poca cosa para un muchacho que había crecido entre pueblos donde los autobuses pasaban cuando les daba la gana. El metro parisino era un mundo subterráneo donde la gente corría, se empujaba, se metía en vagones que volvían a partir sin esperarlos. Nadie miraba a nadie. Todo el mundo sabía exactamente adónde iba y a qué velocidad había que llegar. Tommaso se quedaba plantado en el andén, con los ojos levantados hacia un plano de líneas multicolores que no le decía nada, mientras el torrente de viajeros lo esquivaba como una piedra en medio de la corriente.

Venía de un mundo donde la gente se saludaba por la calle. Aquel funcionaba según otras reglas, y nadie se las había explicado.

* * *

El francés formaba un muro.

No un muro infranqueable. Más bien uno de esos muros que se recorren sin encontrar el paso, esperando que la brecha exista en algún sitio.